



REFLEXIÓN
TEOLÓGICA



Reflexión

Cuaresma

Camino de Conversión



@conver_medios



conver.org

La Cuaresma es un camino de conversión que conecta este año 2025 con las virtudes de la esperanza, el perdón y renovación que caracterizan al Jubileo convocado por el Papa Francisco. Bien sabemos, que es un periodo de cuarenta días, al cual se suma la Semana Santa y el Triduo Pascual, y que nos preparan para la celebración de la Pascua.

La Cuaresma, tiempo de gracia en el que Dios nos llama a volver a su amor con todo nuestro corazón, es un momento propicio para experimentar su misericordia, que se manifiesta en el perdón y en la renovación de nuestra vida interior. No se trata de un cambio exterior, sino de una transformación interior que nos lleve a reconocer nuestra necesidad de Dios y a abrirnos a su amor misericordioso.

Desde el *Equipo de Reflexión Teológica CONVER* compartimos con ustedes este material, que bien puede ayudarnos como Vida Consagrada peregrina en Venezuela a ponernos en sintonía de comunión y soro-fraternidad en todo tiempo.

I.- Sin tiempo, sin espacio

El ser humano se encuentra con frecuencia trastornado, dividido, casi privado de un principio interior que genere unidad y armonía en su ser y en su obrar. Nuestras comunidades y en ellas cada uno de nosotros, vivimos esta realidad. En efecto, nos movemos en una sociedad consumista, dominada por el ruido, los "mil haceres" y el ritmo de la tecnología; sin tiempo, ni espacio, sin mucha paciencia para realizar los procesos que la propia interioridad requiere. La buena noticia es que el amor de Cristo está fuera de este engranaje perverso que ahoga la vida y sólo él puede liberarnos de ese modo de vivir, donde ya no hay lugar para un amor gratuito que permanezca.

En medio de esta realidad, el Papa Francisco el pasado mes de octubre, regaló a todos los fieles cristianos la **Carta Encíclica "Dilexit Nos" (Nos Amó)** sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo, en la que nos invita a volver al corazón: "Es necesario hablar nuevamente del corazón, apuntar hacia allí donde cada persona, de toda clase y condición, hace su síntesis" [...] El amor de Cristo es capaz de darle corazón a esta tierra y reinventar el amor allí donde pensamos que la capacidad de amar ha muerto definitivamente." (Dilexit Nos 9. 218) Para ello, hermanos, debemos permitir que el Corazón de Cristo extienda la belleza de su amor en el propio corazón, a través de una

confianza total, para que también, a través de la propia vida llegue a los demás y transforme el mundo.

II. Cambiar desde el corazón

Comenzamos la cuaresma, y con ella la posibilidad de volver a hacer contacto con lo íntimo, con el núcleo que integra y unifica lo humano: el corazón, órgano biológico, físico y espiritual en el que residen la verdad, la justicia, la belleza y el amor.

Sabemos que el corazón, por sí solo, no basta para encontrar el camino, nuestro corazón no es autosuficiente, por el contrario, es frágil, está herido, sujeto a engaños, a reducciones y malentendidos. Por eso no puede hacer otra cosa que esperar su salvación. Con la cuaresma iniciamos un tiempo privilegiado para acudir al Corazón de Cristo, ese centro de su ser, que es un horno ardiente de amor y es la mayor plenitud que puede alcanzar lo humano. Allí, en ese Corazón es donde nos podemos reconocer finalmente a nosotros mismos y donde aprendemos a amar.

La conversión del corazón que viene a ser el núcleo de toda la Cuaresma, es vista por la Escritura, como un momento de elección por parte del ser humano que debe dirigir a Alguien. La pregunta es: ¿A quién dirigimos el corazón? ¿Hacia quién me estoy dirigiendo yo? En este período en el cual la Iglesia nos invita a reflexionar más profundamente preguntémonos: ¿Hacia dónde voy yo?

Todos recordamos al padre de esos dos jóvenes, uno de los cuales quiso marcharse para vivir su vida, pidió la mitad del patrimonio y lo derrochó con prostitutas. Claro que recordamos aquel padre anciano que todos los días, en medio de sus mil haceres, en lugar de guardar rencor a su hijo ingrato, se asoma al balcón de su casa escrutando el camino con la esperanza de ver asomar en el horizonte su amada figura.

Sumerjémonos una vez más en este texto del Evangelio de San Lucas y dejémonos sorprender por el amor del Padre con corazón de Madre que el mismo guarda.

Lucas 15, 1-3. 11-32

“En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un

hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde". El padre les repartió los bienes. Pocos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, partió a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces a servir a casa de un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; pero nadie le daba de comer.

Entonces recapacitó y se dijo: "¡Cuántos trabajadores, en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Ahora mismo me pondré en camino e iré a la casa de mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como uno de tus trabajadores". Y se puso en camino hacia donde estaba su padre.

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió y corrió a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decirle: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Saquen enseguida el mejor traje y vístanlo; póngale un anillo en la mano y sandalias en los pies; traigan el ternero cebado y mátenlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido, y ha sido encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver, se acercaba a la casa, oyó la música y el baile y, llamando a uno de los mozos, le preguntó que pasaba. Este le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba convencerlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con prostitutas, haces matar para él el ternero cebado".

El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Este texto, ilustra la fragilidad del corazón humano que llena con placer el vacío existencial y la falta de sentido, pero también y sobre todo, es un ejemplo claro de cómo la misericordia divina nos acoge siempre, sin importar cuán lejos hayamos estado del Amor.

Un hombre tenía dos hijos, así comienza Lucas y en esa misma línea el primer libro de la Biblia nos acerca en el capítulo 4 a la historia de dos hijos muy queridos por su padre, pero enfrentados entre sí, de tal forma que uno terminó matando al otro.

Esa también es nuestra historia, Dios Padre-Madre nos hizo hermanos, somos hermanos que vivimos la ambigüedad de gritar igualdad, libertad y fraternidad, por un lado, y a la vez vivimos desiguales, unos esclavizados por otros, enfrentados por la casa que debía ser de todos: indígenas y emigrantes, autóctonos e invasores, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, hombres y mujeres...somos lo más querido, hermanos, y sin embargo nos queremos a muerte.

El padre y sus dos hijos, o los dos hermanos y su padre, entre muchos aspectos que pudiéramos reflexionar, vienen a presentarnos el tema de las relaciones desde el lugar en el cual nos ubicamos y cómo podemos vivirlas para expandir el amor del Padre que ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,5) Veámoslo:

Ubicados desde arriba

Con los grandes, con los sacerdotes, es decir, los defensores del orden establecido. Los considerados limpios, los "legales", los cumplidores de la constitución de Israel, los amigos oficiales de Dios, jueces y guías de los hombres y mujeres, aquellos que "sostienen" el orden del mundo, con su justicia, con su fuerza. Desde arriba con los grandes podemos como el hijo mayor, creernos con méritos y derechos para señalar, para juzgar la vida de los demás, de nuestros hermanos y hermanas de comunidad, de misión, de camino. Desde esta perspectiva, hemos podido olvidar nuestra propia sombra que quizá sea mayor que la de los otros, y que el Señor, Padre-Madre misericordioso ha iluminado con su gracia y amor, de la misma manera que ilumina y agracia al hermano, a la hermana que cayó.

- **¿Qué tenemos en el corazón, qué guardamos en él?**

Ubicados al margen

Con los marginados, los enfermos, los débiles, expulsados, calumniados, oprimidos; con los publicanos, pecadores, prostitutas, encarcelados, deportados... Al margen, con los pródigos de la historia podemos vivirnos como necesitados urgentes del bien, de la bondad y misericordia del corazón de Dios que dignifica y hace posible la comunión. Desde este lugar estamos invitados a reconocer nuestra pequeñez, nuestro pecado, a vivirlo con humildad y verdad para experimentar en el fondo de nuestras entrañas la decisión de regresar, de volver a casa al encuentro con el Padre y los hermanos.

- **¿Reconozco mis fallos y estoy dispuesto a volver cerca de Dios?**
- **¿Acojo al que me ha hecho mal?**

Expandir el amor (Dislexit Nos 28;167; 200)

El amor a los hermanos no se fabrica, no es el resultado de nuestro esfuerzo natural, sino que requiere una transformación de nuestro corazón egoísta. Entonces nace de una forma espontánea la célebre súplica: *“Jesús, haz nuestro corazón semejante al tuyo”*. Necesitamos volver también a la Palabra de Dios para reconocer que la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos, no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor. La Palabra de Dios lo dice con total claridad:

- «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,40).
- «Toda la Ley está resumida plenamente en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).
- «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte» (1 Jn 3,14).
- «¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (1 Jn 4,20).

El camino más adecuado es que nuestro amor regale al Señor una posibilidad de expandirse por aquellas veces en que esto le fue rechazado o negado. Esto ocurre si se va más allá del mero “consuelo” a Cristo y se convierte en actos de amor fraterno con los cuales curamos las heridas de la Iglesia y del mundo. No somos jueces ni lapidadores, tampoco somos estadistas de los pecados y

fallos de los otros. Somos hermanos y hermanas instrumentos de la gracia y el amor de Dios.

Nuestras comunidades sólo desde el corazón lograrán unir sus inteligencias y voluntades diversas y pacificarlas para que el Espíritu nos guíe como red de hermanos, ya que pacificar también es tarea del corazón. El Corazón de Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro. En él nos volvemos capaces de relacionarnos de un modo sano y feliz, y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social.

III Situarnos al lado

Hoy día se hace necesario que nos situemos al lado de “los grandes” y de “los pródigos” como signo y vínculo de diálogo, respeto, reconocimiento y real soro-fraternidad. Jesús en el Evangelio nos deja de evidencia su invitación al Reino de Dios para todos.

La parábola en cuestión, muestra al *padre de Jesús*, recibiendo en su casa de perdón y gracia a los pequeños pródigos de la tierra. Es Padre universal y como tal tiene casa para todos y un lugar en la familia. Por eso sale al campo a dialogar con el mayor, el grande, escucha sus razones y le invita a superar la ley con el hermano. Este es el Dios Padre-Madre de Jesús que, perdonando a los pródigos, se ocupa también de los mayores, los fariseos y letrados les atiende, los anima, les exhorta, para que compartan la vida con el que antes estaba perdido.

Al final de la carta encíclica, el Papa Francisco escribe: *“De la herida del costado de Cristo sigue brotando ese río que jamás se agota, que no pasa, que se ofrece una y otra vez para quien quiera amar. Solo su amor hará posible una humanidad nueva”*. No un adoctrinamiento, sino una invitación: a caminar juntos con el corazón bien despierto, pendiente de Aquel que nos ama”.

- **¿Qué brota de nuestras heridas personales e institucionales?**
- **En el caminar de cada día ¿qué, ¿quiénes demandan nuestra atención?**

Solo Jesús puede descender a la hondura de nuestro corazón y liberarnos.

Abramos, dejémosle entrar.

María, Madre y Maestra nos acompañan en este camino hacia el corazón.

Propuesta de oración a modo de salmo

Conversión

Sigue curvado sobre mí, Señor,
remodelándome,
aunque yo me resista.
¡Qué atrevido pensar que tengo yo mi llave!
¡Si no sé de mí mismo!

Si nadie como Tú puede decirme lo que llevo
en mi dentro.
Ni nadie hacer que vuelva de mis caminos que
no son como los tuyos.

Sigue curvado sobre mí, tallándome,
aunque a veces de dolor te grite.
Soy pura debilidad, Tú bien lo sabes.
Tanta, que, a ratos, hasta me duelen tus
caricias.

Lábrame los ojos y las manos, la mente y la
memoria, y el corazón, que es mi sagrado,
al que no Te dejo entrar cuando me llamas.

Entra, Señor, sin llamar, sin mi permiso.
Tú tienes otra llave, además de la mía,
que en mi día primero Tú me diste,
y que empleo, pueril, para cerrarme.

Que sienta sobre mí tu 'conversión'
y se encienda la mía del fuego de la Tuya,
que arde siempre, allá en mi dentro.
Y empiece a ser hermano, a ser humano,
a ser persona.

¡Qué paciencia, Señor, sobre Tu mundo,
que nosotros tratamos, mal-tratamos,
como si fuera nuestro,
del primero que llegue, el más astuto,
o el más ladino, o de aquel o de aquella,
a quien no duele pisar a los demás,
como se pisa la uva en el lagar,
o una hormiga, o un escarabajo.

Sigue vuelto, Señor con Tu sol y Tu lluvia
para todos, para buenos y malos,
pacientes y violentos, víctimas y
verdugos, lloviendo y calentando esta
tierra que somos.

Sigue haciendo germinar en todos
la semilla que eres
¡Que la hagamos crecer, sin
desmayarnos,
entre tanta cizaña!
Y que dé de comer a mucha gente
pan Tuyo y pan nuestro el que de Ti
hemos aprendido a ser multiplicándonos.

(Ignacio Iglesias, sj)